

confianza en el progreso; el redescubrimiento de España en su paisaje y en su herencia ética, reflejada por el esfuerzo que hace la mayoría por recuperar —recuperación no de afirmación mecánica, sino basada en el estudio y la reflexión— figuras del pasado cargadas de fuerza y energía ejemplarizantes: Don Quijote, Don Juan, Aviraneta, la serie de estudios de Azorín sobre los clásicos, etc.; finalmente, la afirmación del liberalismo en cualquiera de sus formas, desde las más conservadoras hasta las más opuestas a la corrección burguesa que encontramos en un Baroja. Es claro que en el horizonte político la generación finisecular se movió a partir de la percepción (y el miedo) de que las masas intervendrían en la cosa pública aplanando diferencias y amenazando la cultura. El déficit de democracia que constatamos en sus idearios debe ser pensado en el contexto de la percepción mencionada, como demagogia enemiga

de los derechos individuales. La última sección del libro está dedicada a las muy importantes innovaciones estéticas que todos aportaron. Termina con un magnífico estudio sobre los apócrifos machadianos.

Cerezo ha querido levantar una especie de libro-cordillera en la extensa planicie bibliográfica que hay en España, y fuera de ella, sobre el fin de siglo europeo y español. Me sirvo de la imagen del accidente geográfico no sólo por aludir a su tamaño, sino también por la vocación de “totalidad” en lo que respecta a la presentación de las obras, de los autores objeto de su investigación, de sus contextos y de las bibliografías que tratan casi todos los aspectos con ellos conectados. En la medida en que Cerezo ha alcanzado su objetivo, hay que decir que en lo sucesivo los estudiosos que se ocupen de la cultura fin de siglo tendrán necesariamente que tener presente *El mal del siglo*.

APOLOGÍA DEL ELITISMO

SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio: *De la rebelión a la degradación de las masas. Textos escogidos*. Barcelona: Ediciones Altera, 2003. 301 p.

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS
ORCID: 0000-0001-7045-5877

Madrileño de 1954, Ignacio Sánchez Cámara es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de La Coruña y habitual columnista del diario *ABC*. Además, es autor de varios libros, entre los que destaca *La teoría de la minoría selecta en el*

pensamiento de Ortega y Gasset, publicada en 1986, donde reivindicaba las ideas del filósofo madrileño para “un mejor entendimiento de la democracia”. Y es que la teoría de las elites implica una concepción de la democracia basada en la opinión pública; lo que conduce a una relación directa entre “la aristocracia social y la democracia política”, porque el proceso social de formación de la opinión pública es “esencialmente aristocrático”. En ese sentido, el fundamento de la democracia no es, ni debe

Cómo citar este artículo:

González Cuevas, P. C. (2004). Apología del elitismo. Reseña de “De la rebelión a la degradación de las masas” de Ignacio Sánchez Cámara. *Revista de Estudios Orteguianos*, (8/9), 304-309.
<https://doi.org/10.63487/reo.695>



ser la igualdad, sino la libertad; y ésta incluye “la resistencia incluso al poder democrático”. Con esta obra, Sánchez Cámara se mostró como un inteligente exégeta; y como el representante más cualificado de la derecha orteguiana.

De la rebelión a la degradación de las masas posee una evidente continuidad con la obra anterior. Se trata de una recopilación de ensayos y artículos periodísticos, dotada de una clara unidad temática y, sobre todo, metodológica. No se trata únicamente de un empeño especulativo y abstracto; es también práctico y concreto. Lo cotidiano y lo político interactúan permanentemente con lo teórico. Sánchez Cámara expone, como base de sus análisis, las teorías orteguianas sobre la misión del intelectual y su diagnóstico sobre la sociedad de masas, aplicándolas a la vida cotidiana. El autor interpreta a Ortega y Gasset como un pensador “personalista”, defensor de “una visión antagónica a la concepción *biologicista* o materialista del hombre”, para quien la vida es una “creación personal”, basada en valores objetivos. La realización personal del hombre choca con las características y patologías de la actual sociedad de masas, cuyo representante es el hombre-masa, plebeyo y resentido, vulgar y relativista. La masificación constituye “la mayor amenaza para la libertad y la civilización surgida en el seno de la sociedad igualitaria”. Como Ortega, Sánchez Cámara se muestra partidario ferviente de la democracia liberal, pero muy crítico con “la democracia radical”, y con los “demócratas frenéticos” y “los beatos de la democracia morbosa”. Y es que la democracia, desde su perspectiva

elitista y liberal, es “condición necesaria, pero no suficiente de la libertad política”, ya que es posible “una democracia antiliberal y totalitaria”. La democracia ha de tener, a su juicio, su lugar natural y exclusivo en la política. En los demás ámbitos de la vida social, se convierte necesariamente en “morbosa”, en “una patología social, que nace del resentimiento y conduce al envilecimiento”. En ese contexto, la función del intelectual es “opinar sobre todas las cuestiones importantes, pero, al hacerlo, se opone, lleva la contraria a la opinión pública”, “opinar contra el pueblo, contra la *doxa*”, “oponerse y seducir”. A ese respecto, juzga que la militancia política del intelectual es “taxativamente negativa”. No obstante, cree que debe ejercer “la pedagogía social”.

A partir de tales supuestos, Sánchez Cámara ofrece un diagnóstico muy crítico sobre la sociedad española. Y no duda en afirmar: “Las masas, al menos de momento, han triunfado”. Este triunfo se manifiesta en fenómenos tales como “el apogeo del relativismo cultural y, con él, del multiculturalismo y de la *cultura de la queja*, la degradación y devaluación de la educación y de la cultura, la crisis de la Universidad, el politicismo y la hiperdemocracia”. Denuncia, en ese sentido, el “papanatismo complaciente” y “la ciega complacencia” dominantes en la sociedad española, y particularmente en su clase política. Y es que el sistema político español se encuentra, en la práctica, muy distante del modelo democrático-liberal. A su juicio, a lo largo de la etapa socialista se adulteró la división de poderes; el sistema de libertades sufrió notables recortes a manos

del ejecutivo; los monopolios informativos amenazaron el derecho a la libertad de expresión; la economía sufrió amplios controles por parte del Estado. Además, la cultura política de los españoles propende al intervencionismo estatal, a la burocratización de los partidos, a la partidocracia. Desde el punto de vista cultural, la banalidad y la mediocridad se imponen y se propende a “la abolición de toda autoridad espiritual”; triunfa “la degradación y el mal gusto” en los medios de comunicación “instalados en la crónica y los sucesos rosa”. Especialmente grave, a ese respecto, es la situación de la Universidad, donde domina “la masificación, el caciquismo, el provincianismo, el erróneo sistema de selección del profesorado, la concepción de la Universidad como un servicio público más y de la enseñanza universitaria como un derecho que debe ser extendido a todos con independencia de sus méritos y actitudes”. No menos graves son los problemas suscitados por la presencia e influencia de los nacionalismos periféricos, a los que califica de herederos del “viejo y superado particularismo castizo”. Su diagnóstico es que el problema español es, ante todo, un “problema pedagógico, espiritual”.

Sánchez Cámara propugna el fomento del elitismo a todos los niveles como resistencia y antídoto al “igualitarismo morboso” dominante en la sociedad española, sobre todo en la Universidad y en las escuelas. Lo que se traduce en la restauración de la filosofía como saber riguroso, de los estudios clásicos y de los valores religiosos. A ese respecto, el autor establece un canon filosófico,

donde aparecen Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri, Eugenio d’Ors y María Zambrano, como los grandes representantes del pensamiento español contemporáneo. Entre los extranjeros, destacan Ludwig Wittgenstein, Martin Heidegger y George Steiner. Como complemento, se muestra partidario de un nuevo proyecto vertebrador de la nación española, que aúne su dimensión europea con la iberoamericana. Sánchez Cámara se muestra muy crítico con la intelectualidad de izquierdas, a la que acusa de “odio a la libertad, a la verdad y a la excelencia”; denuncia su dominio del lenguaje y, sobre todo, su manipulación de la llamada “memoria histórica”, que se manifiesta en su interpretación sectaria y revanchista de la guerra civil.

* * *

Resulta evidente que vivimos en España un momento cultural caracterizado por una falta de creatividad ciertamente singular; lo que no deja de ser un reflejo, por los modos indirectos en los que las letras y el pensamiento filosófico y político pueden hacerlo, de la privatización, el hedonismo y el narcisismo de una vida social donde la improvisación, la promiscuidad, el dinero y la autogratificación mediante el consumo de bienes superfluos se han convertido en norma general. Coincido, pues, en lo esencial, con el diagnóstico de Sánchez Cámara. Además, hay que reconocerle, desde el punto de vista moral, la asombrosa intrepidez de quien se enfrenta con las opiniones dominantes en nuestro tiempo; y se coloca en las antípodas de la de-

magogia y del oportunismo. En ese sentido, *De la rebelión a la degradación de las masas* es un libro atípico. Por lo general, el hombre medio español, en la medida en que lee, está acostumbrado a que buena parte de los intelectuales, al menos los más conocidos, digan exactamente lo que a él le gustaría decir, sin superfluos rasgos de ingenio, con la misma escasa profundidad y mediante el mismo lenguaje ramplón y simple que cualquiera podría emplear. Yo, por lo menos, cada vez que me asomo a las columnas de los periódicos, y no digo nombres, me encuentro con esa sensación. Y es que las masas han impuesto su ley. Por fortuna, no podemos decir lo mismo de Sánchez Cámara, cuyos artículos periodísticos son un auténtico revulsivo intelectual. Porque el auténtico intelectual, sea de izquierdas o de derechas, no es una persona confortable; es problemático en el sentido que plantea problemas y que, con frecuencia, se los crea a los demás. Su respeto a la verdad y a la equidad le inclinan a proclamar admiraciones y consentimientos; pero, por sistema, el intelectual no es lisonjero; es crítico. La razón es dialéctica; y un intelectual dócil es casi una contradicción en los términos. La sahariana atonía que sufrimos en la actualidad es consecuencia del conformismo pastoril de no pocos intelectuales.

Muy oportuna es la clara distinción que establece entre liberalismo y democracia. Hace años era un lugar común, pero ahora no lo es. Gustav Radbruch explicó, en 1914, que entre ambos no existía “una diferencia de grado, sino de especie”; y señaló que eran “dos concepciones distintas del mundo”. Hans Kel-

sen escribió, en 1920, que la democracia es “compatible con el total aniquilamiento de la libertad individual y con la negación del ideal del liberalismo”. Sánchez Cámara, por su parte, recoge el lúcido legado orteguiano. Yo no me quedaría con la democracia condenando al liberalismo, sino más bien al contrario.

En la crítica a la situación de nuestro mundo político-cultural, iría más lejos que Sánchez Cámara. La auténtica democracia liberal debería ser un sistema omnidireccional de comunicación. Pero con demasiada frecuencia el conjunto de la prensa y, sobre todo, de los medios de comunicación audiovisuales se comportan, actúan de manera unidireccional. En España, se ha ido desarrollando hasta límites escasamente soportables la tendencia, denunciada por el historiador francés de las ideas Pierre-André Taguieff, a la instauración de una “oligarquía cultural”, que, mediante múltiples rituales de exclusión, ha consolidado un sistema de comunicación segregacionista, basado en la nítida distinción entre “discutidores” legítimos y los excluidos del debate intelectual. Por su parte, el sociólogo Víctor Pérez Díaz ha incidido en este fenómeno cuando, al describir la vida cultural española de los últimos años, ha hecho hincapié en la preeminencia de los llamados “líderes exhortativos”, es decir, al servicio de intereses de partido, sobre los “líderes deliberativos”, o sea, independientes; y su tendencia a estrangular la emergencia de nuevas ideas.

Y es que, a pesar de su lucidez, los planteamientos de Ortega y Gasset, defendidos en esta obra por Sánchez Cámara, chocan con las nuevas realida-

des, que el filósofo madrileño no pudo tener en cuenta, al no existir en su época. Hoy, el intelectual ha de bregar, lo quiera o no, le guste o no, con la presencia de los medios de comunicación de masas, y sobre todo con la televisión. Su lugar va siendo ocupado por el líder mediático, cuya cultura social, por llamarla de algún modo, es el hedonismo y el relativismo. Todavía recuerdo como el inefable Javier Sardá se burlaba de José Antonio Marina, cuando éste había pedido una auténtica aristocracia intelectual que contrarrestara la influencia de la televisión-basura, declarándose “plebeyo”, entre el jolgorio de los asistentes a su programa *Crónicas marcianas*. Los intelectuales se han mostrado, por lo general, incapaces de contrarrestar este proceso o, al menos, no han conseguido hallar formas de pensamiento alternativas a las que impone el lenguaje de la civilización tecnológica. Por otra parte, los programas culturales han sido, en gran medida, erradicados de la programación de las televisiones privadas; y en las públicas, ocupan un rol marginal y periférico. Por eso, aunque coincido en lo sustancial con su programa de pedagogía social, lo considero de difícil realización; y más en un contexto como el español. Vivimos en uno de los países mentalmente más igualitarios de Europa; donde el vocablo “elitismo” ha tomado un sentido claramente peyorativo, como sinónimo de clasismo e injusticia social.

Igualmente, la religión ha sido seriamente erosionada en estos años. La inevitable y necesaria secularización de las instituciones ha degenerado, en nuestra sociedad, en lo que el filósofo Augusto

de Noce ha denominado “irreligión natural”, es decir, una actitud espiritual caracterizada por “el relativismo absoluto, por lo que todas las ideas se ven en relación con la situación psicológica y social de quien las afirma, y, por lo tanto, como valorables desde el punto de vista utilitario, de estímulo para la vida”. En el mismo sentido, el tema nacionalista es, y seguirá siendo, el principal problema de nuestra sociedad; quizás no quede otra opción que conllevarlo, siempre que tengamos la clara conciencia de que puede llevar al estallido de la nación. Porque, como señaló hace tiempo el historiador José Varela Ortega: “Es harto improbable que España deje de ser un país democrático; pero no es imposible que deje de ser un país”.

Me sumo a la admiración de Sánchez Cámara hacia Ortega y Gasset, Eugenio d’Ors o Xavier Zubiri. Desgraciadamente, no puedo seguirle en su valoración positiva de Miguel de Unamuno y de María Zambrano. El escritor vasco no fue, a mi modo de ver, un auténtico filósofo; le faltó la necesaria objetividad y sistematicidad para llegar a serlo; en el fondo, fue un poeta, un infatigable agitador intelectual y un espectáculo humano fabuloso. Como hombre público, resultó ser, por emplear el término acuñado por Carl Schmitt, un “ocasionalista”, un “romántico”, para quien los acontecimientos políticos eran tan sólo “ocasiones” para la exhibición de su hipertrofiado “yo”. Los escritos de María Zambrano me parecen un río de ambigüedades y oscuridades. No es lo que necesitamos.

Ignacio Sánchez Cámara ha escrito una obra diáfana, inteligente y, sobre

todo, valiente, sin concesiones a los tópicos dominantes o a la demagogia. Por eso, sus páginas son unas páginas estimulantes, incluso cuando en ellas aparece un cierto pesimismo, que a mí me parece, ya lo he dicho, justificado

por la realidad española. Y es que, como decía el maestro Ortega y Gasset: “Son las cosas a veces de tal condición, que juzgarlas con sesgo optimista equivale a no haberse enterado de ellas”.

EL HUMANISMO EN ORTEGA

MARTÍN, Francisco José: *La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista*. Madrid: Biblioteca Nueva, 1999. 415 p.

TZVI MEDIN

Durante los últimos años han venido publicándose diversas investigaciones sobre la obra de Ortega y Gasset, no pocas de ellas importantes contribuciones a la interpretación de la misma. El libro de Francisco Martín, al que dedicamos estas páginas, se cuenta indudablemente entre estas últimas, destacando por la originalidad de su enfoque y por la importancia de su contribución. Y no sólo ello, sino que su interpretación de la obra de Ortega se da a partir de una perspectiva muy definida de la filosofía hispana y de la filosofía en general. En este sentido el libro de Martín importa, no sólo por sí mismo, sino también por el gran ventanal que abre hacia la reivindicación de la filosofía hispana desde la perspectiva del humanismo renacentista, a la par de lo que viene siendo hecho por otros filósofos españoles.

Francisco Martín es profesor de literatura española en la Universidad de Siena y se especializa en la cultura y el pensamiento hispánico, ha publicado

diversos artículos sobre filosofía y literatura hispánica y asimismo ha editado diversos libros, últimamente una edición crítica de *España invertebrada*.

Martín ha escrito su libro sobre Ortega desde una perspectiva filosófica muy definida que ha venido perfilando claramente en sus escritos previos. Bajo la decisiva influencia de los escritos de Ernesto Grassi, alumno y colaborador de Heidegger que profundizó en la crítica del racionalismo y en la reivindicación de la dimensión filosófica del humanismo, Martín intenta develar en los textos orteguianos el sentido humanista de su filosofía, lo que denomina como “su relación de pertenencia o filiación” a la tradición del humanismo renacentista.

Martín ya había salido, en escritos previos, contra la “arrogancia” de la filosofía dominante, proveniente del racionalismo cartesiano y del idealismo alemán, y contra el enjuiciamiento de la filosofía española en tanto un pensamiento deficiente e inferior al de los grandes sistemas filosóficos europeos. Rechazando la idea de que lo “literario” del pensamiento hispano conlleve deficiencia alguna, Martín estipula, por el contrario, que ello simplemente implica un modo diferente (humanista) de hacer

Cómo citar este artículo:

Medin, T. (2004). El humanismo en Ortega. Reseña de “La tradición velada. Ortega y el pensamiento humanista” de Francisco José Martín. *Revista de Estudios Orteguianos*, (8/9), 309-312.

<https://doi.org/10.63487/reo.696>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 8/9. 2004
mayo y noviembre